

da la gana romperte esos espejitos que tienes en la cara, también tengo para pagártelos.

Y sacó, con mano trémula y torpe, una cartera con billetes de banco, presentándola á la rubia, y diciéndole:

—Toma, cóbrate el espejo.

—No seas *cargado*, guarda tu dinero.

—¡No quiero! ¡cogételo!

—¡Qué pesado! mira, si sigues haciendo tonterías, me caso con el señor Torres.

—No, porque lo mato,—dijo Robles tirando á su amigo otro bofetón, que éste eludió con agilidad.

Y siguió el Chango en su necia embriaguez, haciendo impertinencias de varios géneros, rompiendo los objetos que se le ocurría, quemando billetes de banco, dando á Torres bofetones, y haciendo á la rubia las propuestas más insensatas, como instalarla en la casa de Santa María y hacer que Rosita la sirviese de rodillas, quitándole los botines y besándole los pies.

La orgía se prolongó gran parte de la noche; á las siete de la mañana Torres y Robles salían de aquella casa.

El Chango había dormido pesadamente algunas horas, se sentía aturdido, muerto de cansancio y disgustado de sí mismo; estaba pálido, tenía los ojos inyectados, la boca seca y amarga, el estómago asqueado y las manos temblorosas.

—¡Vaya una noche estúpida!—le dijo á Torres,—soy un imbécil; esa noche de cerdo me cuesta seiscientos pesos, por el espejo cobraron trescientos.

—Te obstinaste en beber demasiado, yo no lo pasé tan mal; y ¿cómo sabes cuánto gastaste?

—Porque la suma que dije, la puse en la cartera ayer y no queda un solo billete; lo del espejo lo estoy debiendo.

—En la vela quemaste como seis billetes.

—¡Ah! pues quemé la mayor parte del dinero, porque estaba en billetes de cien y de cincuenta. La que se armará en mi casa ahora, aquélla estará hecha una fiera; es la primera vez que no voy á dormir.

—Yo hubiera querido llevarte, pero estabas incapaz; te hubieran visto en ese estado la señora, el portero y los criados; me pareció preferible que durmieras un rato y te refrescaras.

—Hiciste bien, y ahora ¿qué hacemos?

—Vamos á tomar un baño ruso, para que te compongas; después nos desayunaremos, y forjarás cualquier embuste para conformar á tu mujer.

—Por embustes no quedará, lo malo es que no me dará crédito. En fin, no tiene remedio, hagamos lo que dices.

El Chango estaba en extremo aburrido, le doblegaba el cansancio, le ardían los ojos y le flaqueaban las piernas; nunca la orgía le había parecido más repugnante ni más degradante el vicio; no conservaba más que un recuerdo confuso de los sucesos de la noche, y más que reales, le parecían soñados.

La idea de Pacotillas le perseguía sin cesar, involuntariamente se comparaba con él y se reconocía inferior, teniéndose por positivamente infortunado. Pacotillas tenía un hogar verdadero; él tenía un hogar de farsa, de aparato y de relumbrón. Pacotillas tenía una compañera que le llenaba el alma, y le apartaba de las degradaciones y

malos pasos; él tenía una mujer de apariencia, y por añadidura fea. ¡Si á lo menos fuese bella! Sentía la vergüenza del muchacho escapado, que regresa á la casa paterna encogido, y temiendo castigos y reprimendas. Su elevación había sido tan rápida que no tenía plena conciencia de ella, el estudiante desarrapado y desposeído sobrevivía en él y eclipsaba al propietario. Su grandeza le parecía un cuento, su opulenta casa más le parecía de su mujer que de él mismo; pensaba, pues, sobresaltado y confuso, en el mal recibimiento que la señora le haría.

El baño templó sus nervios, fortificó su cuerpo y calmó su ánimo. Daban las nueve cuando los dos amigos se desayunaban en la Concordia.

—No se me olvida Pacotillas,—dijo Robles;—si muere lo sentiré mucho; siempre le he querido, aunque me disgustaban sus alardes de independencia; su conducta le apartaba de mí, quizá porque era un reproche viviente de la mía. Mas á pesar de todo nunca desconocí sus grandes cualidades, ni sus méritos sólidos y positivos.

—No pienses en eso.

—Luego que nos separemos, me haces favor de ir á informarte minuciosamente del estado de Pacotillas; habla con el juez, con el agente, y sin darles á entender lo que me interesa Pacotillas, insinúales como creencia tuya, que la sería é inesperada complicación que se ha presentado puede disponerme á cejar. Hazlo con el mayor empeño, no me canso de recomendártelo.

—No tengas cuidado, y tú no olvides que me ofreciste ayudarme á salir diputado.

Al entrar Robles al zaguán de su casa vió con sorpresa

que, acompañado de una rubia encantadora, hablaba con el portero su antiguo discípulo Patillitas. El Chango se aproximó á ellos, saludó cortésmente á la joven á quien no conocía, contemplando con deleite la blancura de su tez, lo correcto de sus facciones, su esbelta cintura y su hermosa cabellera rubia; ella, sencillamente vestida mostraba timidez y encogimiento, y revelaba una tristeza profunda.

—¡Álvarez, qué milagro! ¿tú por tu casa?—dijo Robles, saludando afectuosamente á Patillitas y palmeándole el hombro.

El joven estaba turbado, la opulenta mansión del Chango le había inspirado una especie de respeto, temía ser mal recibido, despedido quizá. Animado por el cordial saludo y las cariñosas demostraciones de su antiguo compañero, se encorvó con gracia, sonrió con amabilidad y dijo con timidez:

—Temo que hayamos venido á molestarte. La señora es Amalia, la mujer de Téllez.

La joven inclinó la cabeza con mortificación, el Chango lanzó una exclamación de sorpresa. No conocía á Amalia; sabía, sí, la interesante y tierna historia de los amantes; había oído encarecer la belleza de la joven, encontrándola muy superior á los elogios; no se hartaba de verla, le encantaba su aspecto virginal, su aire modesto, su sencillez é ingenuidad. Se inclinó profundamente ante ella, diciendo:

—De ningún modo pueden ustedes molestarte, sírvanse pasar al salón.

Ordenó que abriesen éste, ofreció á Amalia el brazo, y

seguidos de Patillitas subieron la escalinata, que á la puerta de la sala conducía.

Patillitas estaba deslumbrado, y Amalia confusa, por el lujo del salón. Después que Robles sentó á Amalia en el extremo del sofá, diciendo á Álvarez que tomara asiento junto á la joven, y que él ocupó el sillón próximo á Amalia, dijo con la mayor amabilidad:

—Espero, señora, sus gratas órdenes.

En este momento se oyó en las vidrieras, que separaban la sala de la alcoba, el ruido causado por una persona que las agitara con enojo, pudiéndose distinguir también algunos gemidos sofocados. Robles se estremeció pensando en su mujer; cuando vió á Amalia quedó deslumbrado por la belleza de ésta, y se llenó de confusión adivinando el asunto á qué iba; se olvidó pues de su mujer, y no advirtió que ésta sospecharía, que llegaba de la calle dando el brazo á una desconocida.

Amalia quiso hablar, pero los sollozos no la dejaban articular palabra, las lágrimas corrieron por sus mejillas, y se cubrió el rostro con el pañuelo. Patillitas, aunque no poco turbado, se apresuró á acudir en su auxilio, diciendo:

—Está llena de dolor la pobre, anoche yo mismo le fuí á llevar una horrible noticia, que Pacotillas tiene tifo; ha querido venir á verte, pero tal ha sido su dolor, que no sé cómo ha podido llegar.

—Sí, hay razón para ello, — dijo Robles, — yo también tuve esa triste noticia ayer tarde, y me ha afectado mucho; ni un momento he dejado de pensar en el modo de que sea más llevadera esta calamidad para nuestro

pobre amigo. Supongo que á tan triste causa debo la honra que ustedes me hacen, tomando posesión de su casa.

—Sí, señor, — dijo Amalia entre sollozos.

—No se aflija usted, señora; nada es más fácil de arreglar; que Alvarez inmediatamente que deje á usted en su casa, vaya á ver al defensor de Téllez, para que en el acto vuelva á solicitar la libertad bajo fianza. Que vea también al juez instructor, con una tarjeta mía en que le suplicaré que conceda la libertad luego que sea pedida. Tranquilícese usted, señora, puedo ofrecerle que hoy mismo quedará Téllez en libertad.

—¡Ay, señor! ¡Qué bueno es usted!

—Ruego á usted, señora, que de ningún modo crea que en este desgraciado negocio haya procedido yo por odio á Francisco; lejos de odiarle, ó siquiera de tenerle mala voluntad, le quiero como á un discípulo, y lo estimo como lo merecen sus grandes prendas, que soy el primero en reconocer. Pero ¡qué quiere usted! la política es inexorable, arma al hermano contra el hermano y al padre contra el hijo; yo le empeño á usted mi palabra de honor, que muy á pesar mío procedí contra tan querido amigo, y que antes de dar tan duro paso le rogué que no me atacara.

En este momento las vidrieras de la recámara volvieron á ser violentamente agitadas, y á escucharse sofocados gemidos. Amalia demostraba profunda aflicción, y á menudo se enjugaba los ojos. Patillitas se sobaba las ralas barbas y contemplaba embobado los varios objetos del salón. Robles sacó una lujosa cartera de piel de víbora

y con febril mano trazó algunas líneas en una tarjeta, que entregó luego á Álvarez, diciendo:

—Toma la tarjeta para el juez.

—¿Y crees?...

—Sí, no tengan ustedes cuidado, hoy mismo estará Paco en su casa. Crea usted, señora, que participo de su pesar y que tendré mucho gusto de servirla en esta desgracia.

—Gracias, señor,—dijo Amalia enjugándose las lágrimas.

Siguió un momento de embarazoso silencio. Amalia dirigió á Patillitas una mirada tímida como si le dijera: ¿nos vamos? Este se puso en pie y dijo, tendiendo la mano á Robles:

—Sentiríamos haberte molestado; gracias por todo, nos vamos ya.

Amalia y Patillitas se despidieron, el Chango los acompañó hasta la puerta del zaguán, y al volver á la sala, vió en medio de ella, en postura de estatua y con el gesto de reina ultrajada, á Rosita, que con el brazo y el índice extendidos señalando la puerta, le dijo llena de cólera:

—¡Largo de aquí, canalla, miserable!

—¡Pero Rosita mía! ¿qué es eso?— exclamó el Chango, aproximándose cariñosamente á ella.

—¡Largo de aquí, repito!— dijo con más energía aún la encolerizada mujer, señalando siempre la puerta.

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué te he hecho?

—Es usted un infame indigno; no le ha bastado pasar la noche en yo no sé qué inmundas orgías, sino que tiene el descaro de traer á mi propia casa, á mi salón, á la

indigna mujer que ha recogido en las basuras de las calles.

—Cálmate, mujer, si no sabes quién es; si es la mujer de Pacotillas.

—¡Ah! esa indecente, manceba, ¡linda disculpa! entonces, infame, por eso trajiste á comer á ese piojoso, y luego lo pusiste en la cárcel para estar á tus anchas con su concubina; con esa arrastrada pasarías la noche, y para coronar tu cochina obra la traes á mi casa del brazo. Esto no se puede aguantar. ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy!

Y se puso á sollozar y á gimotear, se dejó caer en una silla, llorando á moco y baba. Robles se sentó junto á ella, tratando de calmarla y darle explicaciones.

—No, mujercita mía, si no venía con ella; ya estaban en el zaguán al llegar yo.

—Retírate, mentiroso, descarado; retírate, te digo; aumentas mi rabia con tus mentiras y falsedades.

Y rechazaba á Robles con aspereza, le daba mogicones, apretaba y rechinaba los dientes, murmurando: ¡arrastrado, arrastrado! y trataba de arañarle la cara, que el pobre Chango defendía con toda su agilidad.

—No me dejas hablar; Pacotillas está con tifo.

—¡Mejor para tí! ¡Ojalá que se muera para que heredes su ramera!

—¡Si no es ramera!...

—¡Ah! ¡la defiendes! ¡maldito, arrastrado, maldito!

Y le acometió un nuevo acceso de furor, y volvió á querer arañar la cara de su marido.

—¡Oye, mi hijita!

—Yo no soy tu hijita, ni nada tuyo; si no me quieres, si no te gusto; basta que no sea yo de tu condición, basta que no sea bribona como esa ramera desvergonzada; bien me decía mamá, que eres un ordinario y un pervertido. ¡Jesús! ¡qué desgraciada soy!

Y volvió á llorar, y él á tratar de calmarla, con lo que sólo consiguió provocar en ella furibundo acceso de cólera. Esta vez, por más que el infeliz Chango escondió la cara, claváronse en ella las uñas de su mujer, abriéndole en las mejillas sangrientos surcos. El Chango, pálido, perdida la paciencia, tuvo que sujetarle las manos; ella se retorció como un energúmeno, lo quería morder, lanzaba lastimeros ayes y gritaba:

—¡Suéltame! ¡maldito! ¡bandido!

—No te suelto, estás dando escándalo, te estás portando como gente ordinaria.

—Miren ¡quién me lo dice! el remediado sinvergüenza, y le tiró una mordida, forcejeando para desasirse.

—¡Cállate, mujer!

—Decirme á mí ordinaria; un piojoso desgraciado, que si no se hubiera casado conmigo no arrastraría coche, el muy arrastrado, y viviría en una pocilga como merece;— y volvía á forcejear, para soltarse, y volvía á tirar mordidas. — ¡Suéltame, que me matas; vete con esa pálida, con esa cara de pan crudo, cara de dolorosa de pueblo, mosquita muerta, maldita!...

Y al pensar en Amalia, y en que era muy bonita, su cólera llegaba al paroxismo, tiraba con más fuerza, con furia, con desesperación, hasta que en un movimiento convulsivo logró zafar una mano, con la que dió al Chan-

go una bofetada que le hizo ver las estrellas, y luego le arañó sin piedad, diciendo :

—¡Te he de matar! ¡te he de sacar los ojos! ¡ordinario! ¡feo! ¡negro! ¡chango!

El ofendido tuvo que ponerse en pie para sujetar á aquella furia. La cólera prestaba á aquella mujer desmebrada la fuerza de un Hércules; ella se puso también en pie, y con gran destreza metió zancadilla al Chango, haciéndole caer y que la arrastrara en su caída. Los cuerpos de los dos cayeron cuan largos eran sobre la rica alfombra.

Ella gritaba como si la estuvieran matando, y pedía socorro.

—Me mata este asesino, villano, meco, indecente.

Y le tiraba mordiscos, pellizcos y arañes.

Los criados, que andaban al olor de la disputa, entraron de tropel; la doncella y la costurera gimiendo y llorando, el cochero y el portero graves y silenciosos, contemplaban el innoble espectáculo de sus amos, rodando por el suelo, y forcejeando como ganapanes.

La presencia y la intervención de los criados lograron separarlos, se pusieron en pie, con la ropa descompuesta y la cabellera desgredada. El Chango había llevado la peor parte; estaba sin corbata, con la pechera de la camisa desabrochada y rota, y mostraba en la cara, cuello y pecho mil líneas negruzcas, como huellas de los iracundos arañes.

El Chango estaba silencioso y sombrío. Rosita ponía por testigos á los criados de haber sido golpeada, maltratada y estropeada; se descubría los brazos para enseñar

los moretones que le hicieran los brutales dedos de su marido, afirmaba tener un chipote en la cabeza, causado por la bárbara caída que le hizo dar el Chango, amenazaba á éste con la cólera de don Librado, con divorciarse y con quitarlo de decente.

No fué posible calmarla; el marido, reprimiendo su ira y su humillación, lo intentó, pero en vano; mandó que pusieran el coche, entró á su recámara, arregló traje y peinado, se echó polvo en la cara, y temblando todavía de cólera, subió al coche, ordenando que la condujeran á casa de su padre.

## CAPÍTULO XVII

### Consummatum est

En gabinete reservado de una fonda cenaban de prisa Santa-Anna, Patillitas y otro estudiante de medicina, que esa noche debían velar á Pacotillas.

Estaban silenciosos, tristes y preocupados; irían á la mitad de la cena, cuando, abriéndose las puertas del gabinete, entró en él, cerrando detrás de sí, la grave y correcta figura de don Marcos; saludó afectuosamente á los jóvenes, sentándose cerca de ellos, y después de haber callado un rato, dijo:

—¿Cómo sigue nuestro interesante enfermo?

—Del peor modo posible,—contestó Santa-Anna.

—Pero qué: ¿no hay esperanza ninguna?—preguntó don Marcos, lentamente y con la mayor inquietud.

—Ninguna,—contestó Santa-Anna;—ha sido un tifo feroz, el delirio y las convulsiones del principio fueron como pocas veces he visto; la erupción es muy tupida y de muy mal aspecto, la postración y el estupor en que ha caído desde ayer son del peor agüero y anuncian que la terminación fatal no se hará esperar, son como los heraldos de la muerte.

—¡Qué le vamos á hacer!—contestó don Marcos con sombría resignación, calló un rato y luego agregó:—¡Pobre muchacho! ¡Era joven de porvenir! ¡Qué pérdida para la patria, para la ciencia, para las letras, para el periodismo y para la libertad!

Todos quedaron por un rato silenciosos y pensativos, Patillitas era el más triste, de vez en cuando se enjugaba furtivamente las lágrimas; don Marcos rompió el silencio, diciendo:

—Yo le quiero como si fuera mi hijo; ¡horrible enfermedad! yo no la conocía y le tengo un miedo atroz, pero no me puedo quitar de allí, precisamente de allá vengo; sabiendo que ustedes cenaban aquí, he venido á sorprenderles, para que hablemos libremente sobre el estado de ese buen muchacho, porque en la casa es imposible por el gran pesar de la pobre Amalia. ¿Con que ustedes creen desesperado el caso?

—Por desgracia.

—En fin, quizá sea mejor para él; esta sociedad mezquina no era digna de poseerle; hoy sólo las medianías encuentran horizontes y sitio amplio; los caracteres extraordinarios, los genios sublimes, están condenados á sucumbir asfixiados por la densa atmósfera de vulgari-